

Búsquedas

15 Dic, 83

En el Teatro Municipal terminó el breve ciclo de obras del siglo XX con un programa que hizo patente la búsqueda de la novedad. La primera parte de la selección contenía creaciones de cámara; la segunda, obras para un conjunto numeroso.

A los treinta años, Edgar Varese (1885-1965), nacido en París, llegó a Nueva York, donde fundó la International Composers' Guild con el fin de dar a conocer partituras de avanzada. "Me niego a someterme a sonidos ya escuchados", decía. "Nuestro alfabeto musical debe enriquecerse".

Sus "Integrales", de 1923, combinan a once vientos con abundante percusión, de rítmica intrincada, en un rechazo casi completo de las tradiciones occidentales. Para atravesar esa jungla maravillosa hicieron un trabajo formidable Soledad Jaramillo (flautín), Sergio Allendes (flauta), Ellen Sherman (oboe), Luis Rossi y Darwin Rodríguez (clarinete), Robert Johnson (corno), John Schroeder y Juan Urbina (trompetas), Ronald Kendall y Todd Weinman (trombones), Andrew Carlson (tuba) y cinco excelentes percusionistas.

De sumo interés, el Concierto, de Miguel Aguilar —escrito en 1958 y posteriormente refaccionado— parece constituir un homenaje a Anton Webern. Rigurosamente dodecafónico, su constructivismo de buena ley irradia un sosiego interior casi impersonal, cuya austeridad resulta confortante y atractiva. Una versión estupenda entregaron Jaime de la Jara (violín), Wesley Dyring (viola), Juan Vásquez (chelo), Rossi, Schroeder, Kendall y Johnson.

Si la obra de Aguilar aspira a establecer un equilibrio espiritual, el "Canto" (1968), de Cirilo Vila, com-

puesto en París cuando era discípulo de Messiaen, explora horizontes nuevos a través del color, la textura y las líneas. Creación diáfana y brillante, fue magistralmente vertida por Allendes, Johnson, De la Jara, Dyring, Vásquez, Domingo Ortiz (corno inglés), Oscar Gacitúa (teclados), Santiago Meza y Miguel Zárate (percusiones).

Después del intermedio, la Filarmonía dio a conocer el arreglo orquestal definitivo (1935) de la Sinfonía de Cámara op. 9, que Schoenberg ideó en 1906 para quince instrumentos. Esta transcripción le quita su carácter primigenio, por ciertos desbordes exuberantes grandiosos (incluso grandilocuentes). Sin embargo, apenas el oído se harta del espesor sinfónico, secciones camerísticas restablecen la transparencia original.

La partitura muestra, como pocas, la gradual disolución de la tonalidad. El Mi mayor básico a menudo se vela mediante melodías de tonos enteros o cuartas superpuestas, preparatorias del terreno atonal que Schoenberg pisará, con pie más firme, en sus composiciones siguientes. Hay aquí —un tanto revueltas— pasión y exactitud, que los ejecutantes supieron traducir magníficamente (una amalgama similar señalamos, hace algunos días, en la reseña de "Un sobreviviente de Varsovia", página de 1947 del mismo autor).

La excepcional faena del maestro titular Juan Pablo Izquierdo fue un factor determinante de la categoría de este festival de música contemporánea. Sus indicaciones (tiempo, dinámica, intención), son nítidas a la vez que de suprema elegancia y funcionalidad. Qué placer observar cómo arma las estructuras y les extrae su más recóndita esencia.

Federico Heinlein